



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

mayo/junio 2022

Índice n° 3/2022

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
6	Guardar su lugar	<i>según A.J. Pollock</i>
9	He pecado	<i>G. Setzer</i>
15	Quédate con nosotros	<i>Der Herr ist nahe</i>
16	La curación de Naamán	<i>H. Bouter</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 5 del n° 2/2022)

6. El paralítico

Mateo 9:1-8; Marcos 2:1-12;
Lucas 5:17-26

Este milagro fue realizado en Capernaum, la ciudad en la cual habitó el Salvador después de haber dejado Nazaret. Aunque presentado en los primeros versículos de Mateo 9, no ocurrió después de la visita a la tierra de los gadarenos, sino inmediatamente después de la limpieza del leproso registrada en los versículos 2 a 4 del capítulo 8.

Cada enfermedad física sanada por el Salvador figura en una u otra forma la enfermedad moral del pecado. Así la lepra es una imagen del pecador en su impureza, mientras que la fiebre lo muestra en su agitación. En cambio, la parálisis es la expresión de su completa incapacidad. Romanos 5:6 viene a la mente aquí: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”. ¡Misericordiosa provisión para una raza paralítica!

Cuatro amigos trajeron al sufriente ante Jesús. Su determinación era tal que no se dejaron detener por las multitudes que se amontonaban a la puerta de la casa donde estaba el Señor. Subiendo al techo,

bajaron al enfermo y lo pusieron a los pies del Señor. Sus primeras palabras al paralítico no fueron palabras de sanidad sino de perdón. “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”. Indudablemente el alma es más importante que el cuerpo. El perdón de los pecados es algo mucho más primordial que la más perfecta sanidad física. Las palabras de nuestro Señor provocaron la crítica por parte de algunos de su audiencia: “Éste blasfema”. Para él nada era escondido; conocía sus pensamientos y los reprendió inmediatamente. Ellos habían dicho dentro de sí: “¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” La pregunta era correcta. Un hombre mortal nunca había tenido tal autoridad de parte de Dios para eso. No obstante, aquel que los escribas acusaban en sus pensamientos pronto les mostró que era realmente Dios al mandar al hombre que tomase su cama y se fuese a su casa. “Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados”.

Algunos observadores menos críticos se fueron a sus casas diciendo, “Hoy hemos visto maravillas”. Si su visión espiritual hubiese sido aclarada, habrían reconocido que lo que está escrito en el Salmo 103:1-3: “Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” estaba siendo cumplido ante sus propios ojos, y cada lengua

habría exclamado: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios”. La incredulidad del hombre ante estas numerosas maravillas sucedidas en la favorecida Capernaum lo llevó a decir más adelante: “Tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:23-24). El menosprecio de los privilegios recibidos arrastrará el más severo juicio de parte de Dios. Este principio se aplica también hoy en día a los países favorecidos, llamados «cristianos».

7. La hija de Jairo

Mateo 9:18-19, 23-26;

Marcos 5:21-24, 35-43;

Lucas 8:40-42, 49-56

Durante las edades que han precedido a la venida de Cristo, las comunicaciones y las intervenciones divinas eran especialmente con el pueblo de Israel. El resultado de todos los tratos de Dios con esa nación fue poner de manifiesto la verdadera condición de los hombres. El corazón humano demostró ser incorregiblemente malo en la más favorecida de las familias de la tierra, por lo que significa que

éste es entonces irremediablemente malo en todo lugar.

El caso de la hija de Jairo ilustra estos principios. Marcos y Lucas nos dicen que ella estaba muriendo cuando su padre pidió al Señor por ella, y luego escuchó que había muerto por un mensajero que le había sido enviado. Mateo abrevia este relato al comenzar con la muerte de ella. Su caso era sin esperanzas desde un punto de vista humano, aunque su padre, como principal de la sinagoga, era instruido en la ley de Dios. La niña muerta nos da un cuadro del estado de muerte espiritual de Israel, a pesar de haber tenido la ley por siglos. Ésta no había podido impartir vida a Israel; por tanto, era imposible que pudiese impartir justicia. Si ésta no podía suplir la primera necesidad del hombre, tampoco podía suplir la segunda. “Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gálatas 3:21). No obstante, en completa ceguera en cuanto a su verdadera condición, Israel incesantemente ha buscado la justicia por medio de las obras de la ley. Los gentiles no han aprendido mejor la lección de la ruina humana. Todavía hoy muchas personas en la cristiandad se esfuerzan por obtener la bendición sobre el principio de las obras, en una forma u otra.

Jairo sentía profundamente la incapacidad de las instituciones religiosas o legales ante la muerte,

y por tanto acudió al Hijo de Dios. Con bondad y ternura, el Salvador dijo al angustiado padre: “No temas, cree solamente”. Y tomando con él a Pedro, Jacobo y Juan, entraron en la casa donde se encontraba la joven y le devolvió la vida por su palabra vivificante. Le bastó decir: “Muchacha, levántate”, e inmediatamente su espíritu volvió a ella. Es también una imagen de lo que él cumplirá para su nación cuando vuelva otra vez.

Mientras tanto, este principio está estampado indeleblemente en las páginas de las Escrituras: el hombre está muerto ante los ojos de Dios. Es vano predicar buenas obras y ordenanzas religiosas a los muertos. ¿Por qué se obstinan los hombres en tratar de alcanzar la bendición por medios que han fallado claramente en el caso de Israel? Ninguna ley de obras, sino solamente Cristo puede satisfacer las profundas necesidades del hombre. “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).

8. La mujer que tocó el manto de Jesús

Mateo 9:20-22; Marcos 5:25-34;
Lucas 8:43-48

La mujer que tocó el manto de Jesús siempre ha sido un objeto de especial interés para los lectores

de las Escrituras. Su penoso caso, y la simplicidad de su fe, nunca fallan en atraer nuestras simpatías espirituales. Su curación fue una interrupción en el trayecto del Señor para ir a resucitar a la hija de Jairo. Ella es por lo tanto una figura de quienes hoy están buscando y recibiendo la bendición mientras las relaciones de nuestro Señor con Israel están suspendidas. La curación de esta mujer y la resurrección de la hija de Jairo muestran claramente el papel que Dios y el hombre tienen en la bendición del alma. La niña, como cualquier pecador no regenerado, estaba muerta; ¿y quién puede vivificar a los muertos sino Dios? La mujer ejerció su fe; esto es lo que Dios espera de todos los que han de recibir sus favores. La parte de Dios es vivificar; la del hombre es creer.

Una vasta multitud se aglomeraba en las calles del pequeño pueblito de Capernaum. Ellos estaban siguiendo a Jesús que iba a la casa de Jairo. Aquel que juzgaba por las apariencias habría concluido que toda la ciudad amaba al Hijo de Dios. Pero como fue en Capernaum, así es ahora en la cristiandad: muchos le siguen por mera curiosidad, porque otros le siguen; pero sólo algunos individuos, como la mujer de nuestra historia, le buscan porque sus corazones saben que sólo él puede suplir sus necesidades. La mujer estaba sin recursos.

Durante doce años había vanamente buscado su sanidad en manos de los médicos judíos. ¿Por qué ella no acudió antes al gran Sanador de todo? Es una figura de los que para encontrar la salvación prueban todo y cada cosa antes que acudir al Hijo de Dios. Desafortunadamente son muchos los que confían en sacramentos, abstinencia, buenas obras, y una multitud de otros remedios, en busca de aquello que sólo Jesús puede dar. Cuando la mujer llegó a la conclusión de que su única esperanza era el Señor Jesús, ella dijo dentro de sí con resolución: “Si tocare tan solamente su manto, seré salva” (Marcos 5:28). ¡Maravillosa fe! Ella había adquirido tal confianza en él que sabía que sólo un toque de sus vestidos bastaría para darle la sanidad esperada.

El Salvador estaba perfectamente consciente de lo que estaba pasando. Para el asombro de Pedro y de los otros, se volvió y preguntó: “¿Quién me ha tocado?” Así sigue siendo hoy en día, él distingue cuidadosamente entre una multitud atraída por una religión y las almas sinceras que le buscan a él y su bendición. Llamando a la mujer, y llevándola a dar testimonio de lo que había sucedido, él le dijo con la confortante seguridad: “Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz” (Lucas 8:48). ¡Qué bueno es tratar con un Salvador tan lleno de gracia! El alma humilde que busca la sanidad

espiritual sólo tiene que confiar en su preciosa sangre, y obtendrá perdón, salvación, y la paz vendrá a ser la porción de su corazón para siempre. “Creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos” (Hechos 15:11).

9. Los dos ciegos y el mudo

Mateo 9:27-34

La curación de los dos ciegos y del endemoniado mudo se encuentra solamente registrada en Mateo. Es probable que estos acontecimientos hayan ocurrido inmediatamente después de la resurrección de la hija de Jairo. Tomados juntos, los dos ciegos y el mudo nos dan un triste y completo cuadro del hombre en su condición natural. En cuanto a Dios el hombre es ciego, sus ojos están bastante abiertos a lo que concierne a su propia vida, negocios, placeres, etc., pero a todo lo que es espiritual él es uno que no ve. Aunque la bondad de Dios, las perfecciones de Cristo, la eficacia de su sangre, y las glorias del cielo le fuesen mostradas, no ve nada en éstas que atraigan su interés. El hombre natural es también tan mudo como ciego. La lengua, siempre dispuesta a hablar de las cosas temporales, queda en completo silencio cuando se trata de Dios y de Cristo. Concerniente al más alto y mejor de los temas, él no tiene absolutamente nada que decir. Su lengua está atada.

Sólo Dios puede abrir los ojos y librar las lenguas mudas. El Evangelio es enviado a los hombres “para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban... perdón de pecados” (Hechos 26:18). Cuando los dos ciegos vinieron al Señor, él les pregunta: “¿Creéis que puedo hacer esto?” Ellos respondieron: “Sí, Señor”. Al instante fueron sanados y recibieron la vista. Hoy todavía los hombres espiritualmente ciegos y mudos son igualmente bienvenidos por el Señor. Basta un contacto verdadero con Él, buscado con fe, para que todo venga a ser visto en una nueva luz. Los que son libertados se sienten como introducidos en un nuevo mundo y pueden exclamar: “Vemos... a Jesús” (Hebreos 2:9). Sus ojos contemplan las glorias del Señor y Salvador, y pueden estimar todas las cosas como pérdida por la excelencia de Su conocimiento (Filipenses 3:8). Sus lenguas pueden glorificar al Señor y estar continuamente llenas con sus alabanzas; ellos pueden testificar de Él con fuerza a todos. Éste es sin duda un milagro espiritual.

A través de estos milagros, nuestro Señor estaba cumpliendo lo que mucho tiempo antes había sido anunciado de él en Isaías: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos

se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo” (35:5-6). Esta clase de milagro ha cesado hoy en día, pero reaparecerá cuando el reino milenial sea establecido. Mientras tanto el milagro espiritual se cumple ante nuestros ojos cada día. La gracia de Dios transforma las vidas de los hombres continuamente: los muertos son vivificados, los ciegos reciben la vista, los mudos hablan y cantan. ¿Quién sino Dios, por medio de su Evangelio, puede realizar tales maravillas?

W.W. Fereday (Continuará)

Guardar su lugar

Usted conoce al Hijo de Dios como su Salvador y su gran deseo es glorificarlo en su vida. Me gustaría susurrarle un secreto que puede ayudarle a lograrlo. Es un principio muy simple, cuyo precio es la causa de todo el pecado y de todas las miserias que hay en la tierra. Este principio es: **Guardar el lugar en el cual Dios nos ha puesto.**

Si Adán y Eva hubieran guardado su lugar como criaturas, obediendo a su Creador, no habrían

tomado del fruto prohibido, y el pecado no hubiese entrado en el mundo.

En nuestras vidas individuales, buscar ser lo que no somos, tener lo que Dios no nos ha dado, o realizar un servicio al cual no estamos llamados, es fuente de mucho dolor, para nosotros y para los demás. Dios hace avanzar a los que guardan el lugar en el cual los puso. David, como joven pastor, apacentaba cuidadosamente su rebaño y libró ovejas del león y del oso. Cuando llegó el momento, Dios lo eligió para herir al paladín Goliat. Luego incluso se convirtió en el rey de Israel. Primero fue fiel donde estaba, fuera de la vista de todos. Más tarde, Dios le confió un muy gran honor.

Nuestra tendencia natural es creernos más de lo que somos, como un niño que disfruta ponerse de pie sobre una pared o usar los zapatos de su padre, que son demasiado grandes para él.

La única forma de crecer, espiritualmente hablando, es ser fiel en lo muy poco. Un alumno se dedica a las tareas actuales para obtener posteriormente un diploma. Al decir esto, no quiero sugerir que para una meta de ser grandes en el futuro debemos ser fieles en el presente. ¡De lo contrario! Nuestro objetivo debería ser simplemente glorificar a Dios ahora. Pero el futuro no es nuestro. Podemos actuar sólo en el presente.

En una de sus parábolas, el Señor habla de un siervo que recibió un talento (una cierta cantidad de dinero), cavó en la tierra y lo escondió (Mateo 25:14-30). Podría haber pensado: ¿Qué puedo hacer con esta suma? Si hubiera recibido dos talentos, o cinco, como mis compañeros de servicio, podría hacer algo con él. No actuemos como este siervo. Seamos fieles en las pequeñas tareas que el Señor nos encomienda.

La primera parábola de la Biblia, la de Jotam, hijo de Gedeón (Jueces 9:8-15), nos enseña esta importante lección: Los árboles deseaban elegir rey sobre sí. Primero proponen al olivo que ocupe este lugar: “Reina sobre nosotros”, dicen. Él responde: “¿He de dejar mi aceite, con el cual en mí se honra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?” Luego viene el turno de la higuera. Responde de manera similar: “¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande sobre los árboles?” A su vez, la vid responde: “¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?”

En los tres casos, los árboles estaban conscientes del lugar y la función muy útil que Dios les había dado. Y los tres preguntan: “¿He de dejar...?” Aquí hay un principio importante. Si dejamos el lugar que Dios nos ha dado,

renunciamos a todo poder para glorificar a Dios y ser útiles a los hombres. El resultado no es sino tristeza y dolor.

Finalmente, los árboles le piden a la zarza (o: espino) que reine sobre ellos. Se apresura a aceptar e invita a los árboles a que vengan a ella, a abrigarse bajo su sombra; y si no, dice, “salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano” (v. 15). Un zarzal, a pesar de sus espinas, puede dar frutos agradables y útiles. Pero la zarza tiene un lenguaje orgulloso y absurdo. Ella es la imagen de quien, para obtener un lugar de honor, no teme dejar el lugar que ocupa. Por otro lado, el olivo, la higuera y la vid glorifican a Dios permaneciendo donde los ha colocado, y sus frutos son útiles. Cuando guardamos nuestro lugar, Dios es glorificado por nuestro fruto, y los hombres sacan beneficio de eso.

Permítanme hacer de esta parábola una aplicación muy sencilla. Aquí hay un hermano muy dotado por el Señor que predica el Evangelio con poder a grandes audiencias; se le han dado “cinco talentos”. A usted le gustaría estar en su lugar. Pero sólo tiene un pequeño don: “un talento”. ¿Qué puede hacer? Puede invitar a colegas y vecinos a escuchar la predicación de la Palabra, puede contarles lo que ha recibido personalmente e incluso visitarlos para leer la Biblia con ellos. Todo esto puede resultar

muy provechoso para ellos y para usted también. Al perseverar en tal actividad, está glorificando a Dios y haciendo un trabajo útil para el Evangelio. Sus hermanos y hermanas agradecerán su forma de actuar. Si, por el contrario, quiere predicar en público, cuando el Señor no le ha formado todavía para ello, aflige a sus hermanos y hermanas en la fe, y el resultado no es para la gloria de Dios. Al tratar de hacer lo que Dios no le ha pedido que haga, pierde su utilidad y sólo produce tristeza. A veces escuchamos la reflexión: ¡Qué útil sería este hermano si supiera guardar su lugar!

Cuando Israel estaba en el desierto, Coré se levantó y se rebeló contra aquellos a quienes Dios había puesto a la cabeza del pueblo. Además, condujo a otros a la rebelión. Dijeron a Moisés y a Aarón: “¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?” (Números 16:3). Es muy triste que podamos usar los privilegios que Dios nos ha dado para alimentar nuestro orgullo. Todos estos hombres recibieron un severo juicio. Se abrió la tierra que estaba debajo de ellos y los tragó. En vez de ser útiles en su lugar, al cumplir la tarea más modesta que se les había encomendado, trajeron

muerte y tristeza a todo el campamento.

Guardemos nuestro lugar cuando nos reunimos como iglesia. Dios “ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso” (1 Corintios 12:18). ¡Discernamos el lugar y el servicio que Dios nos ha confiado, y ocupémoslo sin desear nada más!

El apóstol Pedro manda a los creyentes a buscar un crecimiento espiritual sano: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). Y para crecer, debemos perseverar hoy y todos los días, con humildad, en la fidelidad al Señor. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”, dijo el Señor (Lucas 16:10). Y Él sabe sacar las consecuencias de eso.

Según A.J. Pollock

He pecado

“He pecado”. Estas palabras son muy difíciles de pronunciar. Y si las expresamos, subsiste la pregunta: ¿Cuán sinceras son? La Biblia nos presenta siete personas que dijeron: “He pecado”. Examinemos de cerca sus confesiones. Son muy informativas.

Faraón

El primero en pronunciar estas palabras fue Faraón, rey de Egipto, cuando se negó a dejar ir al pueblo de Israel.

Seis plagas ya habían asolado a Egipto. La séptima fue un granizo devastador que destruyó incluso los árboles. Entonces Faraón convocó a Moisés y a Aarón y les dijo: “**He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo, y yo os dejaré ir, y no os detendréis más**” (Éxodo 9:27-28).

¿Qué se puede pensar de esta confesión? Presenta deficiencias considerables:

- Faraón reconoce que ha pecado **esta vez**. Pero él atenúa las cosas considerablemente porque ya ha desobedecido el mandato de Dios varias veces. El verdadero juicio de uno mismo y de su pecado se manifiesta de manera diferente.

- Faraón abarca al pueblo en su confesión. Pero eso no es honesto. ¿Qué responsabilidad tiene el pueblo en este asunto?

- Faraón piensa más en las consecuencias de su obstinado desacato que en su propia desobediencia. Por encima de todo, quiere que el trueno y el granizo paren. En una confesión posterior —después de que las langostas han devastado el país— encontramos algo similar:

“Ahora que perdonéis mi pecado solamente esta vez, y que oréis a Jehová vuestro Dios que quite de mí al menos esta plaga mortal” (10:17).

El final de Faraón muestra claramente que su confesión no fue sincera y que no se arrepintió de sus pecados. Pierde su vida mientras persigue al pueblo de Dios en el Mar Rojo (14:28).

Balaam

Balac, rey de Moab, le pide al profeta Balaam que maldiga al pueblo de Israel. Balaam no lo hace porque Dios se lo prohíbe (Números 22:9-13). Pero continúa practicando la adivinación y, en el fondo de su corazón, estaría dispuesto a maldecir al pueblo (véase 24:1; Deuteronomio 23:5). En este estado de ánimo, se pone en marcha para encontrarse con Balac. El ángel de Dios se pone en el camino, con una espada en su mano, y le declara que está en un camino perverso (Números 22:31-33). “Entonces Balaam dijo al ángel de Jehová: *He pecado, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino; mas ahora, si te parece mal, yo me volveré*” (v. 34).

Esta confesión no vale mucho:

- Balaam dice que es culpable porque no se dio cuenta de que era el ángel de Dios quien se oponía a él. Pero el problema no es su ignorancia. De hecho, no aceptó que Dios se negara a maldecir al

pueblo de Israel, todavía desea secretamente recibir dinero de Balac, y los encantamientos que practica son una abominación para Dios.

- Aunque el ángel se lo haya dicho explícitamente unos momentos antes, Balaam parece dudar de que el camino en el que se encuentra esté mal (v. 32) y no está convencido de hacer algo malo.

La confesión de Balaam no fue sincera. No se apartó de su camino perverso. Más tarde, les dará a los moabitas el consejo abominable de incitar a Israel a la fornicación y la idolatría (31:16; 25:1-3). Este hombre que deseaba morir la muerte de los rectos, finalmente morirá a espada por los hijos de Israel (23:10; 31:8; Josué 13:22).

Acán

Durante la conquista de Jericó, a los israelitas se les prohibió guardar del botín. La plata, el oro, y los utensilios de bronce y de hierro debían ser traídos al tesoro de Dios (Josué 6:18-19, 24). Pero Acán quebranta “el pacto de Jehová” y toma un manto, así como plata y oro (7:11-21). Debido a esto, el “anatema” está en medio de los hijos de Israel y sufren una cruel derrota en Hai. Si no destruyen el anatema de en medio de ellos, Dios ya no estará más con ellos y no luchará más por ellos (v. 12-13). El culpable por lo tanto

debe ser descubierto. Como Acán no tiene el coraje de revelar su pecado, Dios lo designará por medio de la suerte. Ésta revela sucesivamente de qué tribu, de qué familia y de qué casa proviene el culpable (v. 14-18).

Acán confiesa entonces: “*Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho*” (v. 20).

Hay algo mal aquí:

- Acán confiesa su culpa solo después de haber sido designado específicamente por la suerte, la suerte que Dios dirige. ¡Pero no antes! No lo admite cuando se toma a su tribu, ni cuando se toma a su familia o su casa. Y cuando la suerte cae sobre él, Josué aún debe pedirle que reconozca su pecado (v. 19). Esta confesión forzada no tiene valor. Finalmente, sólo es una admisión de lo que ya se sabe.

A la orden de Dios, Acán es apedreado por los israelitas en el valle de Acor (v. 25). El final de este hombre muestra claramente el juicio de Dios sobre él.

Saúl

El rey Saúl ya ha fallado de muchas maneras. Pero todavía tiene la oportunidad de mostrar si está listo para obedecer a Dios. Se le ordena herir a los amalecitas por completo y destruir todo lo que tienen (1 Samuel 15:1-3). Pero Saúl salva a Agag, el

rey de Amalec, y a lo mejor del ganado (v. 9). Teniendo que explicarse delante de Samuel, Saúl busca ocultar su desobediencia con palabras piadosas, y echa la culpa sobre el pueblo del cual sin embargo es el líder (v. 21).

Samuel le dice que debido a su nueva desobediencia, Dios lo ha desechado para que no sea rey (v. 22-23). “*Entonces Saúl dijo a Samuel: Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos... Y él dijo: Yo he pecado; pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuelvas conmigo para que adore a Jehová tu Dios*” (v. 24, 30).

Pero esta confesión tiene grandes deficiencias:

- Saúl pone adelante el pecado del pueblo, mientras que, sin duda, es completamente el principal culpable en este caso.

- Por su confesión, Saúl desea apaciguar a Samuel para que pueda honrarlo con buena conciencia ante el pueblo. Él no se humilla realmente por su desobediencia ante Dios y solo piensa en su gloria personal.

Saúl perdió el reinado en beneficio de David, pero no lo puede aceptar. En una ira loca, persigue a David como a una perdiz por los montes. Una noche, David entra

lentamente en el campamento de su perseguidor. Él perdona al rey dormido e indefenso, y le quita la lanza y la vasija de agua. Al día siguiente, a distancia, David presenta a Saúl este asombroso botín. Impresionado por la bondad de David, Saúl exclama: *“He pecado; vuélvete, hijo mío David, que ningún mal te haré más, porque mi vida ha sido estimada preciosa hoy a tus ojos. He aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera”* (1 Samuel 26:21).

Esta confesión suena bien. Pero notemos dos cosas:

- Saúl ya no quiere lastimar a David porque lo salvó ese día. Pero David no sólo actuó de manera ejemplar ese día. Saúl debía haber tomado la conducta general de David como ejemplo, y reconocido cuán malo era su propio estado de ánimo y de vida.

- Y lo que es peor, poco después, Saúl vuelve a perseguir a David (27:1). Esto demuestra que su confesión fue sólo un impulso sentimental. Esto no vino del corazón. Sus viejos celos permanecen profundamente arraigados en su interior.

En los últimos días de su vida, Saúl irá y consultará a una mujer que tiene espíritu de adivinación, porque Dios ya no le responde (1 Samuel 28). Y poco después, rodeado de sus enemigos, se quitará la vida en el monte de Gilboa (31:4). El final de su vida muestra que nunca se arrepintió de sus pecados.

David

David es incomparablemente mejor que Saúl, pero su vida no es sin pecado. La Palabra nos habla de su adulterio con Betsabé, la esposa de Urías. Y para ocultar su terrible pecado, comete otro: por medio de una estratagema, hace dar muerte a Urías. Pero el profeta Natán habla a su conciencia, y David se da cuenta de lo que hizo. Le dijo a Natán: *“Pequé contra Jehová”* (2 Samuel 12:13). El profeta le asegura que Dios ha perdonado su pecado.

Por el Salmo 51, que escribí después de estas circunstancias, sabemos que David se humilló profundamente ante Dios. Él es plenamente consciente de que los sacrificios ofrecidos por la ley no pueden quitar el pecado (v. 16), y se entrega totalmente a la misericordia de Dios (v. 1). Se da cuenta de que el pecado es, de hecho, una ofensa a Dios: *“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”* (v. 4).

En resumen:

- David no trata de atenuar su falta. Está completamente convencido de que ha pecado contra Dios. Confiesa a Dios su falta y cuenta con su misericordia. Y eso es lo que experimenta también.

Las Escrituras hablan de “contaminación de carne y de espíritu” (2 Corintios 7:1). Encontramos en las faltas de David no sólo “los

deseos” sino también “la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16). Un día, en un pensamiento de orgullo, David quiere conocer la grandeza de su ejército. Ordena, contra el consejo de Joab, jefe del ejército, un censo del pueblo (2 Samuel 24:1; 1 Crónicas 21:1). Unos meses más tarde, cuando el recuento ha terminado, Dios golpea al pueblo. David entonces se arrepiente y le dice a Dios: *“Yo he pecado gravemente por haber hecho esto; mas ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque yo he hecho muy neciamente”* (2 Samuel 24:10; véase 1 Crónicas 21:8).

Aquí hay un punto importante:

- David confiesa su pecado porque su conciencia lo atormenta. Su confesión no proviene de presiones externas, sino de él mismo.

A pesar de esta confesión, Dios envía la peste sobre el pueblo: 70.000 personas mueren. Él envía un ángel sobre Jerusalén para destruirla. “Y David dijo a Jehová, cuando vio al ángel que destruía al pueblo: *Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre*” (2 Samuel 24:17).

Esta confesión es notable:

- David no culpa al pueblo, como lo hicieron Faraón y Saúl. Por el contrario, asume toda la responsabilidad por su culpa y busca proteger a su pueblo. Es consciente

de que merece un castigo y está listo para recibirlo.

- David habla directamente a Dios, lo cual no encontramos en confesiones anteriores.

Después de esta verdadera confesión, David sacrifica ofrendas a Dios y cesa la plaga. Luego de eso comienza los preparativos para la construcción del templo. Morirá en edad avanzada, bendiciendo el nombre de Dios (véase 2 Samuel 23:1).

Judas Iscariote

Después de que Judas Iscariote entregó a su Maestro con un beso, los eventos se apresuraron. A la mañana siguiente, en un procedimiento rápido e injusto, Jesús es condenado a muerte por el concilio, la más alta autoridad legal judía, y entregado a Pilato. Judas no lo previó. Al ver que Jesús es condenado, está arrepentido. Devuelve el salario de su traición a los principales sacerdotes y ancianos, diciendo: *“Yo he pecado entregando sangre inocente”* (Mateo 27:4).

Judas se reconoce culpable y declara que el Señor Jesús es inocente. Eso es correcto, pero lo que la Escritura nos revela en relación con esta confesión muestra claramente que Judas realmente no se arrepintió:

- Tiene remordimiento por haber entregado a Jesús. Lamenta

su acto, pero no se arrepiente. El arrepentimiento va más allá del remordimiento. Arrepentirse significa condenarse ante Dios. El que se arrepiente encuentra la salvación. La “tristeza del mundo”, que manifiesta Judas, “produce muerte” (2 Corintios 7:10).

Después de dar testimonio de la inocencia de Jesús, Judas se deshace de las treinta piezas de plata que recibió y se ahorca. Este fin terrible del “hijo de perdición” (Juan 17:12) muestra que entró culpable en la eternidad.

El hijo pródigo

El Señor Jesús cuenta la historia de un hombre que tiene dos hijos. El menor pide su parte de la herencia, va lejos a una provincia apartada y gasta todo su dinero. Expuesto a morir de hambre, finalmente vuelve en sí mismo, se levanta, viene a su padre y le dice: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”* (Lucas 15:21).

Dos cosas nos sorprenden en esta historia y en la confesión:

- El hijo pródigo le ha dado la espalda resueltamente a la provincia apartada con sus acciones culpables. Rompió con el pecado. Esto acredita su confesión.
- No llora el dinero desperdiciado, no se queda bloqueado en las consecuencias de su pecado,

sino que se juzga a sí mismo. Reconoce su indignidad y testifica que ha perdido todo derecho a ser hijo de su padre.

Conocemos el resto de esta historia. Quien haya caído tan bajo, viste el mejor vestido, recibe un anillo en su mano y calzado en sus pies. Este hijo que vivía con los cerdos y que deseaba comer su comida está invitado a una fiesta a la mesa de su padre.

Confesar sus pecados

Es sorprendente ver que de estos siete hombres que dijeron “he pecado” sólo dos hicieron una confesión que viene del corazón y que revela un juicio real de sí mismo. Es absolutamente esencial reconocer sus pecados de manera abierta, honesta y sin reservas. Esto es cierto tanto para el pecador que viene a Dios como para el hijo de Dios que reconoce y confiesa una falta. Y esto también es cierto cuando tenemos que confesar algo a alguien a quien hemos ofendido.

Aprendamos la lección para nosotros mismos de estas diversas confesiones, y retengamos en particular esto:

- Confesemos nuestros pecados tan pronto como nuestra conciencia nos reprenda, no solo cuando ya no los podemos esconder.
- Confesemos nuestros pecados, no para escapar de sus

desagradables consecuencias, sino porque el pecado es abominable a los ojos de Dios.

- Confesemos nuestras faltas con el sentimiento de nuestra responsabilidad personal, sin tratar de echar la culpa sobre otros.

- Juzguémonos a nosotros mismos.

- Juzguemos nuestros errores y también las malas tendencias que los produjeron.

- Juzguemos todos los pecados que recordamos, y no solo algunos de ellos.

- Juzguemos nuestros pecados y abandonémoslos con la ayuda de Dios.

- Juzguemos nuestros pecados sin la esperanza de que este acto de humildad nos brinde alguna ventaja.

G. Setzer

Quédate con nosotros

“Ellos le obligaron [a Jesús] a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos... Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista” (Lucas 24:29, 31).

Profundamente entristecidos por la muerte del Señor Jesús, dos discípulos iban de Jerusalén a Emaús. Sus corazones ardían cuando un desconocido se unió a ellos y les explicó por las Escrituras proféticas del Antiguo Testamento lo que hasta entonces habían pasado por alto: El Cristo, su Mesías, tenía que padecer primero y luego entrar en su gloria (v. 25-26).

Hasta ahora no habían creído todo lo que estaba escrito sobre él. Con razón esperaban que él había de redimir a Israel. De sus obras y palabras recibieron ciertamente mucho en sus corazones creyentes. Pero este punto —que antes de la redención eran necesarios sus sufrimientos en la cruz— lo pasaron por alto. Para esta verdad incómoda, sus corazones habían sido demasiado “tardos para creer”.

Pero de esto, el extranjero, al que todavía no reconocían como el Señor, les había instruido y consolado ahora singularmente. No es de extrañar que no quisieran separarse de él. Así que entró “a quedarse con ellos”. ¡Cómo se habrán alegrado por esto! Pero llegó el momento en que lo reconocieron, y entonces desapareció de su vista. ¿No iba a quedarse con ellos después de todo?

Llenos y muy motivados por lo que habían experimentado, volvieron en la misma hora a Jerusalén y hallaron a los once apóstoles allí

reunidos con otros. El Señor resucitado también se les había aparecido. Y entonces sucedió: con las palabras “Paz a vosotros” el Señor mismo se puso en medio de ellos. Después de todo, había querido quedarse con los suyos, pero no sólo con ellos, sino en comunión con los demás que le pertenecían. Esto lo explica todo: el Señor quiere encontrarse con nosotros donde estemos reunidos en torno a él con otros.

Der Herr ist nahe

La curación de Naamán

(Viene de la página 18 del n° 2/2022)

2. Un consejo inesperado (2 Reyes 5:2-9)

Vimos en el primer capítulo que la lepra es figura del pecado. Veremos ahora cómo una joven de la tierra de Israel mostró el camino de la salvación al general leproso del ejército sirio. Podemos observar aquí que nadie podía ayudar a Naamán, ni el rey de Siria ni el rey de Israel. Los dioses de Damasco tampoco podían poner remedio. La salvación podía solamente encontrarse

en el Dios de Israel. Ello explica por qué Naamán tuvo que ir a Eliseo, el representante del Dios vivo y verdadero.

Una joven de la tierra de Israel

Humanamente hablando, el problema de Naamán era imposible de solucionar. Pero por su curación queda completamente claro que la salvación se encontraba en el Dios de Israel. Él sólo podía sanar a Naamán de su lepra. Sí, él nos salva hasta de los dolores del pecado. Pero luego tenemos que venir a él con fe, y no esperar nuestra salvación de los médicos de este mundo (véase v. 11). Es el Dios vivo y verdadero quien nos puede ayudar.

Es conmovedor el hecho de que una joven de la tierra de Israel mostrara el camino de la salvación al poderoso general del ejército de Siria. En presencia de su señora, dio un sencillo testimonio de su fe: “Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra” (v. 3). Bandas armadas de atacantes sirios la habían llevado cautiva y vendido en el mercado de esclavos de Damasco. En realidad, esa era una de las maldiciones que había sobrevenido al pueblo de Dios. Moisés ya lo había predicho: “Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo, y tus ojos lo verán, y desfallecerán por ellos todo el día; y no habrá fuerza en tu

mano” (Deuteronomio 28:32). De tal manera esta joven vino a encontrarse en la familia del general del ejército sirio (2 Reyes 5:2). La mujer de Naamán se había convertido en su señora. Dios permitió esto y también lo planeó de este modo, ya que él tiene sus propias razones para ello.

Afortunadamente, esta chica no se dejó llevar por los sentimientos o el odio de su nuevo escenario. Pese a su corta edad y a las difíciles circunstancias en que se encontraba en un país extranjero, dio testimonio del Dios viviente y amaba incluso a sus enemigos. Asimismo, nosotros como creyentes somos representantes, embajadores en nombre de Cristo, y debemos presentar defensa de la esperanza que hay en nosotros (2 Corintios 5:20; 1 Pedro 3:15). ¿Somos conscientes de este elevado llamamiento?

Esta joven poseía una gran fe en su Dios y en Su profeta. ¿Cómo sabía que Eliseo estaba dispuesto y era capaz de sanar al general Naamán de su lepra? Fue sólo su fe que le susurraba al oído. Eliseo había realizado todo tipo de milagros, pero aún no había curado a un leproso. Podemos leer eso en el Nuevo Testamento. “Muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado” (Lucas 4:27). Después de todo, Dios tuvo que castigar a su pueblo porque sirvieron a

los ídolos. Ni uno de los israelitas fue limpiado en aquel tiempo, sino Naamán el sirio. La gracia de Dios alcanzó así a los gentiles.

De camino hacia el rey de Israel

La mujer de Naamán creyó las palabras de su joven esclava y se las comunicó a su marido. Y Naamán se las relató a su señor, el rey de Siria (2 Reyes 5:4). Mientras tanto, la enfermedad del general del ejército había trascendido públicamente. Una cosa llevó a la otra, y el asunto fue tratado de manera diplomática (lo cual, en los asuntos médicos también, parece haber sido costumbre en el mundo antiguo). El objeto era que el rey de Israel se acercaría posteriormente “al profeta que está en Samaria” quien, al fin y al cabo, era su subordinado según el modelo terrenal.

Naamán tenía unas cartas de su rey, al igual que un regalo generoso. El rey de Siria estaba dispuesto a compartir personalmente sus riquezas a fin de echar una mano a uno de sus mejores súbditos. El regalo consistía en una cantidad de trescientos cuarenta kilogramos de plata, setenta kilogramos de oro y diez mudas de vestidos (v. 5). Eso representaba una fortuna enorme. El oro y la plata tenían un valor millonario.

Naamán llegó a Samaria con las cartas que decían: “Cuando

lleguen a ti estas cartas, sabe por ellas que yo envío a ti mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra” (v. 6). Su llegada ocasionó bastante agitación en la corte del rey de Israel, puesto que vio en esa carta algún tipo de ocasión para una provocación de guerra (v. 7). Exasperado, rasgó sus vestidos. Una reacción tan pesimista podía esperarse del rey Joram (véase 3:13). El rey sabía muy bien que él no era un hijo de los dioses a quien se le podía atribuir el poder de curar (así es como las naciones paganas, demasiado a menudo, contemplaban a sus reyes). Pero, desgraciadamente, tomó el nombre de Dios en vano al decir: “¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que éste envíe a mí a que sane un hombre de su lepra?” Realmente esto indica la gravedad de la situación: sólo Dios, quien había enviado la enfermedad mortal, podía dar un remedio y dar vida al muerto.

A Eliseo

Según parece, el rey Joram no se acordaba de Eliseo en absoluto, pese a que en aquellos tiempos el profeta fuera el conducto de la bendición de Dios. Dios extendió su brazo de salvación a Israel por medio de su siervo. Pero el profeta era sin honra en su propia tierra. Por lo visto, Eliseo vivía de nuevo en la capital (véase 2:25; 6:32).

Tuvo que tomar la iniciativa él solo. Entonces, envió el siguiente mensaje al rey: “¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel” (5:8).

Entonces Naamán vino finalmente a Eliseo el profeta, quien es llamado también aquí “el varón de Dios” (v. 8). Ahora había venido a la persona indicada, ya que “el varón de Dios” era el representante del Dios viviente, quien tiene efectivamente el poder de matar y de dar vida.

Sin embargo, existía otro problema. Naamán era consciente de su elevada posición. Vino en su propia dignidad, “con sus caballos y con su carro” (v. 9). Lleno de orgullo, se paró a las puertas de la casa de Eliseo. Pero no podemos venir a Dios de esa manera. Naamán no podía recibir ayuda en sus propias condiciones, sino sólo en las condiciones que Dios le ofrecía. Le fue necesario aprender esto, como veremos. Eso es precisamente lo que cada creyente debe aprender: acercarse a Dios, consciente de su propia indignidad. No tiene sentido que intente mejorar o ganar la salvación por sus propios méritos. Debo venir tal como soy, como un pecador perdido, y así es cómo Dios me aceptará. Lo hace así por gracia gratuita.

H. Bouter (Continuará)

Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias.

Salmo 103:3

Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban... perdón de pecados.

Hechos 26:18

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel.

Lucas 16:10

Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos.

Lucas 24:29

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch .
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
